

HISTORIA
DEL NUEVO-MUNDO
LIBRO IV.

HIZOSE á la vela Colón del puerto de la Navidad el 4 de Enero del año 1493. Gobernó al este á vista de la costa, prendado de la bondad del país, todo llano hasta bien quatro leguas la tierra adentro, y sembrado de poblaciones grandes. Aquí acalorada su imaginacion se afirmó en que esta isla era la Cipango diseñada en la carta de Toscanelli. El siguiente dia llegó á un cerro eminente, que se levanta al extremo de una península á modo de monton de trigo ó tienda de campaña, obra de diez y ocho leguas del cabo Santo. Dióle por nombre Monte-Christi, el qual retiene hasta el presente, aunque algunos le llaman tambien la Granja por su figura. Surgió al lado occidental de ese cabo en la bahía donde desagua el Yaque, que entonces se denominó rio del oro, por haberse hallado entre sus arenas copia de oro menudo, y aun granos como lentejas. El 6 insistiendo en la empezada ruta adelante de Monte-Christi se encontró

la Pinta que venia del opuesto rumbo con viento en popa. Sin duda Martin Alonso supo que no andaba lejos su general, y se vino para él, esperando así obtener mas facil perdon del pasado yerro. Procuró disculparlo con la fuerza del viento que le obligó á separarse contra su voluntad y seguir la via de levante: donde descubrió siete islas, que debieron de ser la Inagua, algunas isletas de los Caycos y demas contiguas hasta los Abrejos ó bajos de Babueca. De este parage vino á la Española tres semanas antes, y contrató con sus naturales en varias partes, especialmente en un rio en que estuvo diez y seis dias. Empero su relacion misma puso de manifiesto la falsedad y debilidad de la escusa. La experiencia y el tiempo empleado en el camino hicieron ver, que se habia navegado contra el viento reynante en alas de la presuncion y la codicia. Ademas pareció por los dichos de los compañeros, que frustrada la esperanza de encontrar la opulenta isla de Babeque, vinieron sobre la de Haytí guiados de los lucayos; y que Martin Alonso adquirió para sí con los rescates del rey quantiosas sumas de oro, reservándose la mitad á título de capitán, y distribuyendo el resto entre la gente por tenerla grata y á su devocion. Con todo eso le recibió Colón amistosamente y disimuló sus sentimientos, co-

mo habia hecho repetidas veces, temeroso de los espíritus y partido de los Pinzones, no moviesen alguna sedicion que aventurase el fruto de sus trabajos, y los bienes que de su feliz descubrimiento podian resultar al estado y á la christiandad. A esta causa deseaba salir de su compañía, y partir á España sin detencion.

2 Volvió á surgir al puerto de Monte-Christi para hacer aguada en el Yaque, y emprendió su viaje por el este al largo de la costa en 9 de Enero, reservando para otra vez seguir el rastro de las minas bien patente en las arenas del rio, y reconocer una vega que se ofrecia á la vista en extremo hermosa y dilatada. Vió á lo lejos en el mar tres peces disformes con cabeza algun tanto semejante á la humana, de cuya especie habia observado otros en la costa de Guinea, teniéndolos por las fabulosas sirenas, aunque no de la hermosura que las suponen. Acaso eran manatíes hembras, que suelen denominar el pece-muger. Mayor estrañeza debieron causar las tortugas del tamaño de rodelas grandes, que tomaron en tierra habiendo surgido á las quince leguas de Monte-Christi junto á un cabo que se llamó punta Roja. El 10 entraron ambas caravelas en la boca del rio de Martin Alonso, cuyo nombre mudó el general en el de Gra-

cia, aunque prevaleció el primero de su descubridor. Habia este llevado por fuerza quatro hombres y dos mugeres mozas; y Colón les restituyó con usuras la libertad, mandándoles vestir y regalar muchas bugerías. Que así juzgó conveniente al servicio de los reyes tratar y honrar á sus vasallos, quales reputaba los moradores de todo lo descubierto, mayormente á los de esta isla tan abundante de oro, y en que dejaba hecho asiento de españoles. El siguiente dia reconoció un buen puerto al pie de una sierra como plateada con las nubes de que estaba cubierto; y por esto les dió nombre monte y puerto de Plata.

3 Continuando su camino con viento y corrientes favorables llegó el 12 al cabo del Cabron, que él llamó del Enamorado. Aportó á la gran bahía ó golfo de Samaná que se forma la vuelta del sur en el término de la costa septentrional, con ánimo de observar los efectos de la oposicion y conjuncion de ciertos astros que esperaba pasados quatro dias, mientras renovaba el agua, se proveía de algun refresco, y tomaba lengua de esta comarca. Una hermosa playa poblada de lentiscos y matas de algodón, con muchas labranzas de ages y pimienta, llamó la atencion de nuestra gente. Llegados á ella encontraron algunos naturales de aspecto y parecer muy diverso de los pa-

sados, tizado el rostro, los cabellos largos y recogidos por detras, con penachos de plumas de papagayos y otras aves en la cabeza, cada uno con su arco y flechas, y en lugar de espada un palo muy pesado y duro del grueso de dos dedos. Esperaban á punto de batalla con ánimo turbulento y denodado. Mas luego acariciados se vinieron de paz, trocaron con rescates dos arcos y algunas flechas, y se logró que uno de ellos fuese á las caravelas. Colón le agasajó con comidas y baratijas europeas, y le hizo varias preguntas, ya por señas, ya por los intérpretes lucayos. Él fué satisfaciendo del mismo modo, pero sin duda se entendieron poco sus respuestas. Atribuyéronsele noticias de tierras en que habia piezas de guanín tan grandes como la mitad de la popa de la caravela; y la fábula de una isla poblada de solas mugeres, que admitian á los caribes en determinados tiempos, y en pariendo retenian las hembras y enviaban los varones á sus padres. Unicamente salió cierta la situacion de las islas de caribes que señaló ácia el oriente. Aun se sospechó si serian de aquella raza los presentes isleños. La fiereza del rostro, su hablar bronco y altanero, su intrepidez, el mayor tamaño de sus arcos y saetas, todo convenia con las señas que la gente man-

sa de lo pasado daba de sus crueles enemigos.

4 No desmintió la idea el lance acaecido poco despues. Entre los árboles de la playa estaban emboscados hasta cincuenta y cinco flecheros naturales, quando bajan á tierra siete españoles en la barca para restituir al que habia ido á las naves. Hizo este que sus compañeros dejasen las armas y se acercasen á los nuestros. Los quales empiezan á rescatar arcos y flechas, como les habia mandado el general. Obtenidos ya dos arcos, instan por mas. Ellos entonces, quizá recelosos de algun ardid, corren precipitadamente á tomar sus armas, y con ellas y ciertas sogas vuelven denodados en ademan de prender á los estrangeros. Arremeten con ímpetu los españoles, y con solo herir á dos de los isleños, dando al uno en las nalgas una gran cuchillada, y un jarazo al otro en el pecho, los acobardan y ahuyentan. Y mataran á muchos, si el piloto que iba de cabo no estorbara seguir el alcance. Algun sentimiento mostró Colón de esta refriega, aunque se alegraba por el respeto que en toda la isla se tendria á los españoles, divulgándose la victoria de tan pocos contra tanto número de bravos flecheros. Verificóse el presagio en los habitantes de la comarca. La mañana próxima acudieron muchos á la playa sin el menor indicio de hosti-

lidad; entre ellos un principal señor, que habiendo antes dado á los españoles de la barca ciertas cuentas como en señal de paz, entró con fiadamente en las naves con tres de su comitiva. Hubo sus demandas y respuestas, y nuevas de oro en la tierra y en las islas vecinas de Martinino y Caríb. Dióseles de comer bizcocho y miel, abalorios y otras cosillas, con que se volvieron contentos. El cacique ofreció para otro dia una corona ó plasta de oro, y efectivamente la envió. En estos dos dias no cesaron de venir isleños á trocar por nuestras baratijas su algodón, su pan, sus raíces y demas comidas; bien que armados todos, motivo por que se impuso á este golfo el nombre de Flechas. Al fin entraron en las naves quatro mancebos, que por su mal dieron muestras de buena razon, satisfaciendo á quanto se les preguntaba. Juzgolos el general muy á propósito para sus fines, y acordó llevarlos á España con otros seis ú ocho tomados en distintas partes.

5 Dió las velas el 16 de Enero, sin aguardar los aspectos de los planetas, á cuyas influencias atribuían mil portentos los astrólogos de los tiempos bárbaros. Más temía la gran cantidad de agua que hacian ambas caravelas, y la fatiga que de ello provenia á la tripulacion. Por esto aunque deseara reconocer la isla

que despues llamaron de S. Juan, la de Martinino, la temida Caríb, con otras muchas que señalaban y nombraban los haytíes; dirigió su rumbo en derecha á España por el esnordeste. Aunque al principio hubo de inclinar mas al norte, obligado por lo comun á navegar á la bolina por causa de los vientos orientales. Hasta el último de Enero anduvo cosa de quatrocientas y sesenta leguas, á poco mas de legua por hora, compensando en variedades favorables algunas calmas. El 18 se halló el mar quajado de atunes, y no cesaron de verse por tres dias. Viéronse adelante mas raros con otros peces grandes; y quando ya escaseaban las vituallas, que no habia sino pan, vino y ages, se remedió en parte la necesidad y alegró á la gente, matando una tonina y un gran tiburón. En tan largo camino y tan lento andar servian de consuelo la freqüente vista de varias aves, y mas aun la dulzura del ayre y el sosiego de las aguas, que hacian prorumpir al piadoso general en continuas acciones de gracias al Señor.

6 En primeros de Febrero, ya sobre los treinta grados de altura, comenzaron á favorecer los vientos, y caminarse bien ácia levante. Anublóse el cielo y se levantaron algunas olas en los dias 2 y 3, pero volvió luego el buen tiempo; y el 5 con la vista de

algunas pardelas y ciertos palillos en el mar, se concibió esperanza de tierra. Aunque Colón no mostró tenerla hasta el 11, cerca de doscientas leguas adelante. Fundábase no solo en la cuenta de su diario hecho con gran conocimiento y diligencia, sino tambien en la observacion del tiempo en que desapareció el molesto sargaso que se habia visto frecuentemente desde el golfo de Samaná, y juzgaba continuar solo hasta el meridiano en que se halló á la ida, doscientas sesenta y tres leguas al oeste de la isla del Hierro. Vicente Yañez y los pilotos Ruiz, Niño y Roldan, que iban en la Niña, llevaban muy aumentada la cuenta, y por error se hacian al este mas de lo justo como unos ocho grados.

7 El 12 quando ya todos juzgaban próximo algun puerto, ahora fuese en las Azores segun el acertado juicio del general, ahora en la Madera ó Puerto-santo, ó bien en tierras de Europa, segun las varias conjeturas de los otros peritos; viene de improviso una tormenta tan porfiada y furiosa, que apenas en tres dias cesó por un instante el riesgo de anegarse ambas caravelas. Corren separadas á discrecion del viento, creyendo la gente de cada una ser perdida la otra, y temiéndose á cada paso igual fatalidad. Ya desconfiados de todo remedio humano, imploran

el socorro del Altísimo por quantos medios les sugiere la religion. Los de la Niña unidos con el general ofrecieron ir en romería aquellos á quien tocase por suerte, uno á visitar la santa casa de Loreto en Italia, otro la de Guadalupe, y un tercero permanecer en oracion por una noche en santa Clara de Moguér. Se añadió el voto de salir descalzos en procesion y trage penitente á una iglesia del nombre de la Virgen madre en la primera tierra donde aportasen. Mas parecia inexorable el cielo. Cruzábanse las olas embravecidas, y á cada embate peligraba la caravela, mayormente andando muy ligera sobre las aguas, ya por ser consumidas casi todas las vituallas, ya por falta de lastre, que no se echó á la salida por aprovechar el favor del viento: falta gravísima que no alcanzó con mucho á resarcir el recurso de llenar con agua del mar los barriles vacíos. Con toda la industria y arte de Colón llegó á lo sumo el riesgo y el temor en la terrible noche del 14 al 15. Angustiado su ánimo pensó que era la voluntad del Señor poner allí fin á sus dias, y sepultar sus gloriosos hechos en perpétuo olvido. Más que la imagen de la muerte le congojaban los lamentos y baldones de la gente, que no dudaba perecer por haberse fiado de un hombre ligero y ambicioso, la horfandad de sus hijos, la infamia de

su nombre en la posteridad, y la pérdida de tantos bienes como prometia su admirable descubrimiento. Su ansia por comunicarlo le acrecienta el miedo y la desconfianza. Reconócelo, culpa su debilidad, y levantando el corazón á Dios, á quien habia enderezado su intencion y empresa, espera de la divina providencia y bondad el cumplimiento de sus deseos. "El eterno Dios, escribia, me inspiró la idea, allanó infinitas dificultades hasta ser adoptada y puesta en ejecución, me dió esfuerzo y valor contra todos los compañeros resueltos á levantarse y volverse del camino, al cabo me concedió lo que buscaba. Él perfeccionará la obra. ¿Que temo? Pero la flaqueza y congoja no me dejan asegurar el ánima."

8 Entre estas imaginaciones y el desconsuelo de pensar si habria naufragado la Pinta, se le ocurre un medio por donde, aun en caso de perecer tambien su navío, pudiera llegar á España y á sus hijos la noticia y utilidad de su feliz expedicion, y perpetuarse con honor su memoria. Escribe en un pergamino la suma del viage y descubrimiento; ciérralo con su sello, y pone la direccion á los reyes de Castilla, con la oferta de mil ducados á quien se lo entregase sin abrir. Luego envuelto en un trozo de encerado, y cubierto todo de cera, lo metió en una cuba, y man-

dólo echar en el mar. Igual envoltorio puso en otra cuba que conservó sobre la tolda, á fin de facilitar el hallazgo si acontecia sumergirse la nave mas cerca de las costas de Europa. Sobrevienen aguaceros y turbonadas, y fijándose el viento del oeste, cesó la gravedad del riesgo. La mañana del 15 vieron tierra por el esnordeste á cinco leguas de distancia. Era la isla de santa María, la mas meridional entre las Azores. Pero cambiado el viento del opuesto rumbo con las olas muy levantadas, anduvieron bordeando con gran trabajo, sin poder dar fondo hasta el 17 por la noche. Todavía fué en tan mal surgidero, que perdida una ancla se hubo de volver al mar. Por fin salido el sol aportaron á la costa de norte. Maravilláronse los portugueses habitantes de la isla, cómo habia escapado el navichuelo de tan deshecha borrasca. No menos admiracion y placer manifestaron oyendo las estrañas nuevas del viage, que dieron en el pueblo tres de los nuestros que habian bajado á tierra en la barca. Detúvolos el capitan de la isla Juan de Castañeda so color del gusto que recibia en oírles, y envió otros tantos de los suyos á la nave con gallinas, pan reciente y otros refrescos, para que saludasen al general, significando conocerle y estimarle mucho; que no iba á visitarle en-

tonces por ser de noche, y lo haria en amaneciendo.

9 Venido el dia ordenó Colón, en cumplimiento del voto hecho en la tormenta, que saliese la mitad de la gente á una ermita cercana dedicada á María santísima. Sabe Castañeda esta disposicion por sus mensageros que volvieron con encargo de mandar al clérigo para decir misa: y á tiempo que los devotos españoles estaban dentro en oracion, salta sobre ellos con gran número de armados, y los hace prender. Colón que los esperaba para cumplir el voto con la gente restante, recelando algun mal de la demasiada tardanza, porque eran ya las once, guia para una punta de donde se descubria la ermita. Vé tomada su barca, y entrar en ella algunos portugueses con sus armas, que se vienen ácia el navío. Acércanse con su capitan al frente no mas de quanto puedan ser oídos; ni osaron pasar adelante, no obstante haber pedido y concedídoles seguro, temerosos del lazo que en efecto se les armaba con el cebo de palabras blandas y halagüeñas. Dificilmente se asegura y fia quien tiene el corazon dañado. Viendo Colón inutilizado el ardid con que pensó recobrar su gente, y que Castañeda despues de varias demandas y reconvenciones se mantenía duro; le afea su traicion, comínale con la indignacion de su rey y la venganza de los de Castilla,

y jura no salir de la caravela hasta llevar presos un ciento de portugueses. Responden muchos de ellos, que no conocian ni temian á los reyes castellanos, ni hacian caso de las bravatas del que se decia su almirante; añadiendo el capitan, ya vuelta la proa, que él habia procedido conforme á las órdenes de su rey y señor.

10 Al oír esto, se sospechó si habria guerra entre ambas potencias. Como si no bastaran los zelos de la corte de Lisboa y la política del interes, para dar tales disposiciones aun en tiempo de paz. Y pudiera Colón conciliar la conducta y asercion de este gobernador con el aviso que tuvo estando en las Canarias de andar por allí con intencion de prenderle tres caravelas armadas del rey de Portugal; cuyo temor le obligó entonces á apresurar la marcha, y debió armarle de cautelas para lo sucesivo. Pero su probidad le hacia tal vez menos suspicaz y cauto. Retirados los Portugueses, no le permitió el mal tiempo hacer otra cosa sino refugiarse al surgidero. El qual era de tan mal abrigo y fondo, que arreciando el viento, rotos los cables y perdidas las anclas, pareció menos peligroso hacerse á la mar. Aumentóse la fuerza del temporal, y el trabajo y afficcion de la gente, tanto mas que faltaba la mayor parte de los marineros. La